

La edición de tantos y de tan diversos materiales es sumamente escrupulosa: detalla los manuscritos, tipos de letra, variantes y justificaciones de cualquier intervención editorial, de un modo que sólo estamos acostumbrados a encontrar en las ediciones críticas de los grandes clásicos, e incluye fotografías de los manuscritos originales, índice de informantes y diversas bibliografías muy representativas y actualizadas.

El minuciosísimo y devoto trabajo de la profesora Galhoz logra, de este modo, rescatar del olvido con las mejores garantías y entregar al público tanto de los especialistas como de los simples aficionados y degustadores de la literatura oral, uno de los corpus de oraciones tradicionales más importantes de los que han podido registrarse nunca en el mundo hispánico, y ahora también de los mejor editados, estudiados e interpretados. Con la publicación de este libro, la cultura portuguesa y la hispánica en general homenaja también, en la figura así reivindicada de José António Pombinho Júnior, a todos los folcloristas que, armados sólo de vocación, tesón y paciencia, y carentes la mayoría de las veces de medios y de apoyos académicos e institucionales, se las arreglaron, en épocas difíciles y complejas, para rescatar del olvido piezas que ahora se revelan valiosísimas e insustituibles de nuestro patrimonio cultural.

JOSÉ MANUEL PEDROSA  
Universidad de Alcalá

Rodrigo Bazán Bonfil, ed. *Y si vivo cien años... Antología del bolero en México*. México: FCE, 2001; 314 pp.

El bolero es, sin duda, uno de los géneros fundamentales de la música popular, tanto en México como en otros países de Latinoamérica. A lo largo del siglo xx, este ritmo caribeño se popularizó, en buena medida gracias a la radiodifusión; esta iría formando un cierto gusto entre el público urbano, en el cual el *romanticismo* del bolero echó hondas raíces y ha logrado expresar —en todos sus matices— mucho del sentir amoroso popular contemporáneo.

En diversos momentos, los cantores comerciales han abrevado en la inspiración bolerística y con su voz han formado a varias generaciones

de amantes del género, que han encontrado en estas canciones un caudal de lugares comunes del amor y el desamor y las han hecho suyas, para sintetizar las etapas y estancias por las que puede atravesar el amor hecho discurso, “como el dolor que elaboramos a través de él [...], como la felicidad profunda de un bolero en que el amor sea eterno, tan honda como la mayor duda que puede guardar su letra” (13).

Prácticamente nadie que haya crecido en el medio urbano mexicano del siglo XX podrá escapar al influjo formativo del bolero. Así lo expresa el autor en el Prólogo cuando señala una disyuntiva fundamental en el planteamiento de su investigación:

Cuando alguien gusta cotidianamente de cierto tipo de música cree que le será muy fácil elaborar una lista de las mejores canciones porque le basta pensar en las que prefiere. [...] Cuando la consulta es de carácter profesional, en cambio, como investigador uno deja de lado el gusto personal [y tiene que pasar por alto] escalas [que] siempre son subjetivas, o [...] tomar cada una en lo que vale como estadio del desarrollo genérico [...]. Ahora tengo que hacer ambas cosas y, en función de ellas, elaborar una antología del bolero en México. Habrá que ver (13).

Más adelante añadirá: “los versos de cada uno de estos poemas crean un mundo paralelo que se convierte en reflejo de la vida y componente de lo cotidiano-inmediato para todo escucha atento” (92). Así, pues, el bolero como objeto de estudio resulta una sustancia viva, y, como él mismo lo señala, el autor y muchos lectores estamos sujetos a su influencia. Las melodías de las canciones incluidas suelen estar frescas en la memoria del lector, de tal forma, que al intentar la lectura silenciosa de los poemas, más de una vez se completa en su mente, y aun con la voz, el texto con la melodía.

Lo anterior resulta de interés para los estudios del cancionero tradicional. Muchas canciones estudiadas pertenecen a un entorno cultural rural, presente o pasado, mientras que el investigador casi siempre se ha formado en un ámbito académico urbano moderno; además, parte de versiones de los textos sin música, de manera que la lectura cobra en el estudio un carácter muy distinto del que tienen o han tenido en su entorno vivo. A esto se añade la conocida dificultad de que un folclorista conjunte el conocimiento literario y el musical. En contraste, la anto-

logía aquí reseñada, aun cuando no presenta partituras, nos permite conocer implícitamente la manera como esos textos orales potencian su decir a través de la música.

El autor comienza su estudio con un preámbulo histórico del bolero y fecha sus orígenes en 1883, con la canción *Tristezas* de Pepe Sánchez, cuya conformación, dice, se aparta de la del danzón y tiene ya las características líricas y musicales del género bolero: “dos cuartetos de metro y rima variados que enuncian el dolor amoroso y se cantan en 32 compases de tono menor separados en dos secciones de 16 por un pasacalle” (17). A partir de esa fecha, el bolero tendrá un paulatino influjo en México, donde, a decir del autor, la canción romántica sirvió de campo de cultivo para que a la postre se desarrollara el gusto por el nuevo género y se compusieran boleros. Aparentemente, el puerto de entrada fue la península de Yucatán.

La década de los veinte marcaría la consolidación del bolero en México, con las primeras composiciones y la paulatina divulgación a través de la naciente radiodifusión. Bazán señala que el talento de Agustín Lara fue de gran importancia: además de introducir el piano como instrumento de acompañamiento, sus letras poseen un rasgo que arraigará profundamente en el bolero: “La imagen del nuevo amante que propone el bolero se encumbra entonces porque su entrega y fidelidad se dirigen a alguien que se supone menos digno: una mujer que, además de mala, es una ‘mala mujer’” (32). Este carácter de las letras de Lara determinaría que en 1936 la Secretaría de Educación Pública prohibiera que sus canciones se cantaran en las escuelas (33).

El autor se refiere a la serie de influencias y correspondencias que el bolero mantiene con otros géneros durante la década de los años treinta; entre ellos destaca el tango: “hermanados, ya sea por sus orígenes marginales, o bien por las temáticas amorosas comunes y los tratamientos compartidos [...], sus discursos terminan por hacerse uno” (36). Se encuentran, además, las influencias caribeñas que, en virtud del bolero son del Trío Matamoros, mantuvieron en nuestro país por mucho tiempo el lazo del género con el Caribe.

El autor señala dos momentos importantes en la evolución del bolero mexicano: el surgimiento de los conocidos tríos, en la década de los cuarenta, y la “invención” del bolero ranchero, que Bazán ubica con

precisión en 1954, con la canción “Cien años” —uno de cuyos versos da título al libro aquí comentado—, de Alberto Cervantes y Rubén Fuentes. Sobre el origen del bolero ranchero, Bazán polemiza con investigadores que han escrito acerca de la historia del género; lo hace con argumentos, pero mostrando a veces un rigor excesivo que, por otra parte, parece faltar en ciertos momentos de su propia argumentación.

Así, cuando habla sobre el surgimiento del mariachi con trompeta —que atribuye a Silvestre Vargas y Emilio Azcárraga, aun cuando esto se ha cuestionado y es, cuando menos, dudoso—, incurre en una serie de imprecisiones; dice, por ejemplo, que los mariachis sustituyeron a la vihuela por la guitarra sexta en su dotación instrumental (58) y que “las arpas y las vihuelas [...] hacían antes los *solos*” en el mariachi tradicional (57). Tales afirmaciones denotan desconocimiento de la historia del mariachi en el siglo XX.

Aun cuando con la discusión antedicha el autor logra llamar la atención sobre la necesidad de ahondar en los elementos que dieron lugar a la consolidación del bolero ranchero, el mayor aporte del estudio introductorio no se encuentra, me parece, en la indagación histórica acerca del bolero, sino en las observaciones sobre el aspecto poético del género. Por ejemplo, cuando describe el contraste entre las canciones de José Alfredo Jiménez —prototipo del estilo ranchero— y Agustín Lara, en cuya obra “el género se desdibuja en enunciaciones cuya ‘exquisita’ moderación hace difícil reconocer la pasión de la que parten” (53), mientras que en las canciones de José Alfredo las expresiones alcanzan una llaneza que, en el caso del desamor, por ejemplo, llega a fundarse en “la dicotomía dolor-ardor que en éstas campea” (53).

Para expresar las virtudes de una canción en particular, “Cien años”, Rodrigo Bazán examina una serie de rasgos formales que para él son los que de algún modo ocasionaron la consagración de esta canción y, con ello, la del bolero ranchero. Así, parte del aspecto literario para explicar la popularidad y el arraigo que determinadas canciones o estilos han alcanzado en el gusto popular, con lo cual hace una aportación interesante al conocimiento de este gusto, en su aspecto poético:

si en realidad cien años son más de los que se viven normalmente y muchos más de los que se puedan vivir tras una separación, basta decir en condicio-

nal lo que se exagera (“y, *si vivo...*”) para que el Amor Difícil sea el proyecto de vida de todo escucha que perciba cómo en el bolero, pese a lo arduo que es (o, precisamente por eso), éste es un componente de la pasión amorosa del que también puede decirse tanto como del Amor Feliz (66).

Siempre con el entorno histórico a la vista, enterado de los avatares de la discografía y el devenir comercial del género —que, a fin de cuentas, en él se basa en buena parte la popularidad musical en el siglo XX—, Rodrigo Bazán lleva a cabo en el estudio introductorio un ejercicio de análisis del bolero y de sus momentos estelares, siempre pendiente de las innovaciones en la música y en el estilo poético, entre los polos de la lírica tradicional y la estética modernista. Aporta así un estudio interesante, que presenta al lector un panorama suficiente sobre el género. Está escrito en un estilo singular, cuyo eclecticismo acaso resulta inédito en la bibliografía de obras sobre música popular.

El recuento termina con las diversas formas de asimilación que en años recientes se han dado al género, en discos comerciales, por cantantes de otros géneros que han grabado boleros (Eugenia León, Luis Miguel); lo mismo, en la incursión de fragmentos de boleros en obras de otro tipo, como canciones de rock y obras literarias. Sobre la popularidad del género en el México actual, dice:

mucha gente que no sabe quién escribió una pieza o cuál es su título correcto [puede] cantar el texto completo si oye la melodía al caminar por la calle, porque los boleros se cantan en reuniones, se oyen en los microbuses, son parte de los anuncios [...] y están presentes en “todas” las cosas de la vida cotidiana (72).

Para la clasificación de las canciones incluidas el autor establece tres temas fundamentales, “en función de las pasiones amorosas que representan: *Amor Feliz, Amor Desdichado y Desamor*” (73); los analiza según diversos grados que pueden alcanzar, de la realidad al deseo. Así, por ejemplo, observa que el amor feliz expresa, generalmente, el deseo de pasar el tiempo junto al ser amado, sea más allá de la muerte o dentro de los límites de la propia vida; más que como una realidad, el tema del amor feliz aparece en el bolero como un deseo, que en la expresión suele llegar a la hipérbole.

La antología incluye alrededor de cien boleros, en tres secciones fundamentales, de acuerdo con la temática general señalada por el autor, antecedidas por una breve selección, intitulada “Antes”, de canciones que él llama “preboleros”; como contraparte, al final aparece otra sección, intitulada “Recientemente”, de “neoboleros”. La selección, según dice Bazán, no se desprende de criterios de popularidad establecidos en términos comerciales, ni tampoco de sus propias preferencias. Lo que procura es reunir “los necesarios para hacerse una idea de la diversidad musical del Bolero Mexicano tratando de equilibrar tríos, laristas y trova; y, por último, muchos de los boleros que me gustan” (93). Los textos aparecen con el título, seguido por la fecha de composición, los nombres de los autores de la letra y la música, el propio texto de la canción y un comentario sobre ella; al final de cada una aparece una sucinta fonografía.

Acerca de los comentarios incluidos al pie de cada canción, el autor señala que

se hicieron con la idea de sumar a los datos técnicos de cada bolero [...] aquellos que [...] puedan generar [en el lector] el interés de [convertirse] en un “conocedor/a” del género: biografías de autores e intérpretes, anécdotas en torno a la composición, estreno o recepción de los textos, evolución y manejo de los recursos y temas literarios que anteceden al sentimiento que cada uno provoca; relaciones con otras manifestaciones culturales [...] e, incluso, un análisis de las distintas interpretaciones que (pido perdón por lo pretencioso de la idea) podrían [servir] de guía para escoger la que [se desee] escuchar primero, o para hacer una relación de las que [el lector ha] pasado por alto en [su] relación con el Bolero (93-94).

Como se podrá prever, un criterio tan abarcador frecuentemente deviene en una serie de comentarios dispersos, que en muchas ocasiones sólo reflejan el gusto personal del antologador y que, a decir verdad, sesgan la lectura del poema hacia un solo aspecto, acaso muchas veces no el más rico. En contraste con la falta de sistematicidad en los comentarios, los textos poéticos están editados con pulcritud, lo que hace comfortable la lectura de un conjunto de canciones que sin duda logran presentar un panorama general del mundo poético del bolero.

En el estudio introductorio y en los comentarios se echan de menos observaciones sobre las características musicales del bolero, más allá del componente poético, lo que seguramente agregaría bastante a la percepción del género, que es, finalmente, lo que Rodrigo Bazán se propone en este libro.

Hay muchos aspectos aún por estudiar sobre el bolero —la versificación sería uno de ellos—, un género importantísimo de la cultura popular mexicana del siglo XX, sobre el que *Y si vivo cien años...* constituye una contribución, una visión original, que alimentará el interés tanto del especialista como del lector en general, pues, como he señalado, la popularidad del género prácticamente nos alcanza a todos. Al tiempo que permite recrearse con la lectura de esos textos, y con su eventual ejecución musical, el libro hace, asimismo, importantes aportaciones al estudio y a la discusión sobre el género. Hecho con rigor y en un estilo original, lo que indudablemente es una virtud, es esta una obra que se propone el estudio de un fenómeno que muestra la cabal salud en el canto popular del México de nuestros días.

RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM